



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

TOMO II.

LIMA, SABADO 2 DE OCTUBRE DE 1875.

NÚM. 3.

SUMARIO.

La sandalia de Santo Tomás.—La sortija.—Un monjio.—Breve de Pio IX.—A Colon.—Nubes de un Cielo.—A L.... mal casada.—La calumnia.—Causa célebre.—Una hoja de laurel.—Los caprichos.—Mosaico.—Charada.

LA SANDALIA DE SANTO TOMAS.

(TRADICION.)

Si ustedes se echan á leer cronistas é historiadores brasileros, no podrán dejar de creer á pié juntillas que Santo Tomás recorrió la América del Sur, predicando el Evangelio. Tan auténticos son los datos y documentos en que se apoyan esos caballeros, que no hay flanco por donde meterles diente.

En Céara, en San Luis de Maranhao, en Pernambuco y en otras provincias del vecino imperio, existen variadas pruebas de la visita apostólica.

Al que esto escribe le enseñaron en Betlen del Pará una piedra, tenida en suma veneracion, sobre la cual se habia parado el discípulo de Cristo. Si fué ó no fué cierto, es averiguacion en que no quiero meterme, que Dios no me creó para juez instructor de procesos.

Ademas, el asunto no es dogma de fé ni á nadie se le ha puesto dogal al cuello para que crea ó reviente.

Los peruleros no podíamos quedarnos atrás en lo de la evangélica visita. ¡Pues no faltaba otra cosa sino que hallándose Santo Tomás de tertulia por la vecindad, nos hubiera hecho ascos ó andado con melindres para venir á echar una cana al aire por esta su casa del Perú!

En Calango, á diez y seis leguas de Lima y cerca de Mala, existe sobre una ladera una

pedra blanca, y muy lisa y bruñida. Yo no la he visto; pero quien la vió y palpó me lo ha contado. Nótase en ella, y hundida como en blanda cera, la huella de un pié de catorce puntos, y al rededor caracteres griegos y hebreos. El padre Calancha dice, en su *Corónica agustina*, que en 1615 examinó él esta peña y que, diez años mas tarde, el licenciado Duarte Fernandez, recorriendo la diócesis por encargo del arzobispo don Gonzalo de Ocampo, mandó destruir los caracteres, porque los indios idólatras les daban significacion diabólica. Digo, que es lástima y grande!

Siendo tan corta la distancia de Calango á Lima y nada áspero el camino, no es aventurado asegurar que tuvimos un dia de huésped y bebiendo agua del Rimac, á uno de los doce discípulos queridos del Salvador. Y si esto no es para Lima un gran título de honor, como la reciente visita del duque de Génova, que no valga.

—Pero, señor tradicionista ¿por dónde vino, desde Galilea hasta Lima, Santo Tomás?—Eso qué sé yo: vayan al cielo á preguntárselo á él. Sería por globo aereostático, á nado, ó *pedibus andando*. Lo que yo afirmo, y conmigo escritores de copete, así sagrados como profanos, es que su merced estuvo por estos trigos y san se acabó, y no hay que gerundiarme el alma con preguntas impertinentes.

Pero todavía hay mas chicha. Otros pueblos del Perú reclaman idéntica felicidad.

En Frias, departamento de Piura, hay una peña que conserva la huella de la planta del Apóstol. En Cajatambo vése otra igual; y cuando Santo Toribio hizo su visita á Chachapoyas concedió indulgencias á los que orasen delante de cierta piedra; pues su ilustrísima estaba convencido de que sobre ella habia predicado el Evangelio tan esclarecido personaje.

A muchos maravilló lo gigantesco de la huella, que catorce puntos ó pulgadas no son para pié de los pecadores hijos de Adan.

Pero á esto responde sentenciosamente un cronista religioso—que, para tan gran varon, aun son poco catorce puntos—

Varajolines! Y qué pata!

Pero como hasta en Bolivia y el Tucuman dejó rastros el Apóstol, los peruanos quisimos algo mas; y cata que cuando al volcan de Omate ó Huaina-Putina se le antojó, en 1301, hacer una de las suyas, encontraron los padres dominicos de un convento de Parinacochas, entre la ceniza ó lava, nada menos que una sandalia de Santo Tomás.

No dicen las crónicas si fué la del pié derecho ó la del izquierdo, olvido indisculpable en tan sesudos escritores.

La sandalia era de un tejido que jamás se usó entre indios ni españoles; lo que prueba que venia directamente del taller de Ashaverus ó Juan-espera-en-Dios, (el Judío Errante) famoso zapatero de Jerusalem, como si dijéramos el Frasinetti de nuestros dias.

El padre fray Alonso de Ovalle, superior del convento, la metió con mucha ceremonia en una caja de madera de rosa con broches de oro, y por los años de 1603, poco mas ó ménos, la trajo á Lima, donde fué recibida en procesion bajo de palio y con grandes fiestas á las que asistió el virey marqués de Salinas.

Dicen eruditos autores de aquel siglo que la bendita sandalia hizo en Lima muchos, muchísimos milagros, y que fué tenida en gran devocion por los dominicos.

Calancha afirma que, satisfecha la curiosidad de los limeños, el padre Ovalle se volvió con la reliquia á Parinacochas; pero otros sostienen que la sandalia no salió de Lima.

La verdad quede en su lugar. Yo ni quito ni pongo, ni altero ni comento, ni niego ni concedo.

Apunto sencillamente la tradicion y dejo á cada hijo de vecino en su derecho de creer lo que mejor le parezca.

RICARDO PALMA.

Lima, Octubre 1.º de 1875.

LA SORTIJA.

—Es mi amor tan inmenso como puro.....
 —Ay! qué linda sortija! ¿Es un diamante?
 Me parece que sí.....
 —Por él te juro....
 —Déjame ver! ¡Qué piedra tan brillante!
 —Juro que nada mi cariño arredra.....
 —¡Montado al aire!
 —Por mi amor, bien mio!....
 —Muy poco ha de durar.....
 —Más que esa piedra.....
 —De un engarce tan frágil desconfío.
 —Basta la piedra á mantener segura.
 —Temo verla caer á cada instante,
 —No sé porqué, Leonor, se me figura...
 Que el engarce eres tú, mi fé el diamante.

HIZEN.

UN MONJIO.

I.

ERA una mañana del mes de Julio del presente año.

Todo lo que se presentaba á la vista tenia un sello de alegría; las aves, unas ocultas en las copas de los árboles, cantaban dulcemente, como dando gracias al Hacedor por haberlas concedido un nuevo día; otras en bandadas huían presurosas como buscando un lugar mas placentero.

El sol brotaba del oriente tibios rayos de luz que poblaban las praderas vecinas de mil cambiantes, que ora semejaban los májicos prisma de un diorama, ora una lluvia de preciosas perlas esparcidas caprichosamente por el verde césped.

La aurora todo lo sublima y embellece; la naturaleza, á esa hora tiene todo el encanto del despertar de un niño!

En medio de este concierto jeneral de la naturaleza, se oían los tristes écos de la campana de la capilla de las monjas de la Caridad.

Cualquiera al oírlas hubiera dicho que esos sonidos eran quejas de un alma dolorida: No doblaba, sino llamaba como de costumbre á los fieles á misa; pero ese día su voz, prolongada por una brisa del sur, lanzaba ayes al espacio.

¿Por qué sería?

Talvez la pena que agobiaba mi corazón prestaría al bronce esa melancolía; ¿sería ilusión mía?

Talvez!...

II.

A poco andar divisó dos hermosas jóvenes que salían por la calle X y que seguían el mismo camino que yo.

Al enfrentarse conmigo, una le dice á otra estas palabras:

—Santa determinación la de nuestras amigas Laura y María: renunciar al mundo en la flor de la vida!

Tan hermosas palabras salidas de una boca pura y bella como un botón de rosa, me conmovieron profundamente é hicieron fijar mi atención en las dos bellas desconocidas.

—Talvez habrá un monjío, me dije, y seguí sus huellas.

A poco andar llegué á la capilla.

Serían las ocho de la mañana.

Una muchedumbre de devotos de uno y otro sexo la llenaba por completo.

El altar mayor estaba ese día sencilla y elegantemente adornado con guinaldas y coronas de flores artificiales.

Es de advertir que éste es el único altar que hay, y está situado en el centro de la capilla, dividiéndola en dos secciones: la una para las monjas y alumnas que éstas educan, y la otra para el público.

III.

No me había equivocado al suponer que la ceremonia que se iba á verificar era un monjío.

Dos niñas yacían humildemente postradas de hinojos al pié del altar.

Su actitud revelaba, pues, la sumisión y recojimiento de que estaban poseídas.

El obispo pontificaba, rodeado de algunos sacerdotes y seminaristas.

Mi espíritu vagaba muy lejos contemplando la augusta ceremonia del santo sacrificio de la misa.

De repente, un himno cantado por muchas voces me sacó momentáneamente de mi éstasis.

Oh! cuánta armonía! cuánta dulzura tenían esas voces! Había en ellas écos alegres y tristes que revelaban júbilo y pesar á la vez.

Este himno era cantado por las bellas y virtuosas alumnas del establecimiento, en número de treinta.

Era aquel un coro de ángeles.

IV.

Cesa el himno y reina entonces un profundo silencio.

El señor obispo interrumpe el oficio de la misa, abandona el altar y ocupa el lado izquierdo del presbiterio.

Las dos niñas se paran también, y precedidas de dos monjas se dirigen hacia él.

—¿Por qué queréis abandonar las pompas del mundo? les pregunta.

—Para servir á Nuestro Señor Jesucristo, según sus santas doctrinas, consagrándonos al servicio de nuestros semejantes, contestan las dos al mismo tiempo.

Hermosas palabras que encierran todo un poema de virtud y abnegación!

Servir á la humanidad!

¿Puede haber en el mundo algo mas santo y sublime?

La virtud de la caridad con el prójimo casi está proscrita del código de los hombres.

Si existe es como una luz próxima á extinguirse.

La nieve del egoísmo parece que cunde cada día mas en las entrañas de la humanidad!

Empero, por felicidad, hay almas inspiradas por Dios que sienten sus santas y fecundas máximas, dándonos el ejemplo de la abnegación en beneficio de los demás.

V.

Concluidas las palabras del interrogatorio, el señor obispo coje unas tijeras y corta á cada una los mejores bucles de sus rizadas cabelleras, rubias y sedosas como las espigas de Egipto.

Todos los corazones laten: unos de alegría y otro de tristeza, y muchos ojos derraman abundantes lágrimas.

La rubia cabellera que poco tiempo há jiraba flotante al compás de voluptuosos bailes, será sacrificada en holocausto al Divino Maestro.

Dos tiernas niñas que apenas pisan los umbrales de la vida, tienen el valor de despojarse de uno de los preciosos dones de la naturaleza.

¿Quién podrá inspirar tanto desprecio por los deslumbrantes halagos del mundo?

Solo Dios!

VI.

Después de esta conmovedora ceremonia, las dos niñas dejaron el presbiterio y se dirigieron al locutorio.

Pocos momentos después aparecieron vestidas con el modesto hábito de monja.

Todos los atavíos de la vanidad habían desaparecido, reemplazados por los de la virtud.

Un nuevo himno á María entonaron las alumnas.

Era un himno de gracias y reconocimiento á la madre del Crucificado por la incorporación de las dos nuevas hermanas de la Caridad Cristiana que, desde ese instante, tendrán que batallar con la miseria y el dolor de sus semejantes.

Dos ángeles mas que velarán á la cabecera del enfermo para aliviarlo de sus dolencias y enjugar sus lágrimas!

Felices, mil veces felices ellas que abrieron su pecho á Dios y encontraron el bálsamo que endulza los propios dolores aliviando el de los demás: la caridad!

Esta sí que es virtud sólida, no la que duerme en mullido lecho y lujosos y artesonados claustros!...

POLONIO TRAPESKY.

Julio 31 de 1875.

BREVE DE PIO IX

SOBRE EL LUJO DE LAS MUJERES

A mi muy amada hija en Jesucristo,

María de Gentelles.

PIO IX, PAPA.

“QUERIDA hija en Jesucristo: salud y bendición apostólica.—En estos tiempos de peligros, cada día mas graves para las almas, nuestra principal tarea es acudir á estirpar las raíces del mal, entre los cuales ocupa seguramente uno de los primeros lugares el lujo de las mujeres. Por eso, en el mes de Octubre último, cuando hablábamos del respeto debido á la santidad de los templos y de los medios que se deben tomar á fin de evitar ciertos desórdenes que se venían cometiendo en nuestra ciudad de Roma, quisimos decir alguna cosa también de esa detestable plaga del lujo, que se estiende por todas partes, y de los medios para terminarlo.

“Vemos con la mayor satisfacción, querida hija en Jesucristo, que no contenta en conformarte con nuestro aviso, comprendiendo muy bien la importancia y gravedad del lujo, has escrito un libro sobre su funesta consecuencia, á fin de excitar á tus compañeras, sobre todo las que pertenecen á las sociedades de Madres cristianas é Hijas de María, á unirse contra este mal, que es la ruina de la familia.

“Porque es lo cierto que por los cuidados de la persona y del peinado, cosas que se renuevan muchas veces al dia, se absorbe el tiempo que se debia consagrar á obras de piedad, de caridad, ó á los deberes de familia; el lujo es provocativo en las reuniones brillantes, en paseos públicos y otros espectáculos, porque enseña á andar de casa en casa, bajo el pretexto de atenciones que cumplir, y allí entregarse á la curiosidad y á las conversaciones indiscretas. Él es el que sirve de alimento á malos deseos, el que consume la hacienda que se debia guardar para los hijos y para socorrer á los pobres. Él es el que suele divorciar los esposos, y con mas frecuencia impedir la celebracion de los matrimonios, porque hay pocos hombres que consientan en cargar con gasto tan enorme.

«Como decía Tertuliano, «se gasta en una cajita muy pequeña un inmenso patrimonio. Se gasta en un collar diez millones de sestercios. Una cabeza frágil y delicada lleva el precio de las selvas y de las islas. De sus delicadas orejas pende la renta de un mes: un anillo de oro adorna cada uno de los dedos de sus manos. La vanidad da fuerza á un cuerpo de mujer para llevar un enorme capital.»

Además, la experiencia demuestra que este alejamiento del matrimonio es un nuevo alimento para el desorden. Por otra parte, apenas estas frivolidades que desunen la familia permiten la buena armonia de una mútua intimidad. Se sacrifica al lujo la educacion de los hijos, por él se abandona el cuidado de los intereses domésticos; él es causa del desorden en la casa, y todo lo ha trastornado.

Después viene la reprobacion del Apóstol: «Si alguno no tiene cuenta con su casa, ha renegado de la fé y es peor que infiel.» Pero como un pueblo se compone de familias, una provincia de pueblos, un reino de provincias, así la familia corrompida envenena con su contagio la sociedad entera, y la prepara insensiblemente estas calamidades que hoy dia nos rodean de todas partes.

“¡Quiera el cielo que el gran número de señoras se unan á tí para desviar de sí mismas, de sus allegadas y de la patria tanto mal, y que por su ejemplo aprendan las demás á rechazar lejos de ellas lo que pasa de una honesta compostura! ¡Que todas se persuadan de que para ganarse la estima y afecto de sus esposos no tienen necesidad de tan costosos peinados, ni de tocados tan espléndidos, sino de cultivar su espíritu, su corazón y la virtud; porque toda su gloria viene del alma! Esta es la gracia añadida á la gracia de la esposa santa y púdica. «Solo, en fin, se tributará alabanza á la mujer que teme á Dios.»

“Hé aquí por qué Nos deseamos á tu empresa el mas feliz éxito, y como prueba de este éxito y de nuestra paternal solicitud, te damos nuestra bendicion apostólica.

PIO IX, PAPA.

A COLON.

Colon, por qué el eterno
No dá á los muertos vida?
Por qué sus frias lozas,
No pueden levantar?
Entonces en la Grecia,
Del génio preferida,
Homero, se alzaría
Tus hechos á cantar.

Y en Nápoles Virgilio
Y el Tasso, Pulci y Dante,
Y á cuantos claros vates,
Dió el cielo inspiracion,
Unánimes cantaran,
Tu gloria en este instante
Tu gloria, porque un mundo
Le diste á mi nacion.

Cantáran tus vigiliás,
Constantes y penosas,
El mundo que tu mente,
Osada adivinó;
Tus leves caravelas,
Hendiendo presurosas,
Los mares ignorados,
Que tu bajel surcó.

Mas yá que Homero y Dante
Y Pindaro y Petrarca,
Y Ercilla, Herrera y Milton,
No pueden levantar
Sus frentes del vil polvo,
Dó las hundió la Parca,
Salgamos los pigmeos,
Tus glorias á cantar.

Alzo mi voz que en alas,
Del entusiasmo ardiente,
Que aun niña le inspiraba
Al tierno corazón,
Recuerda con orgullo
A la española gente,
Que España, dió sus naves,
Al inmortal Colon.

Quién como tú inspirado,
Un mundo descubriera?
Quién como tú, constante
En sus empresas fué?
Quién como tú, á los reyes,
Un mundo prometiera
Buscado por la ciencia
Y hallado por la fé?

Tu inteligencia osada,
Trabando lucha horrenda,
Con la ignorancia humana
Sin desmayar lidió:
Ni burlas, ni sarcasmos
En la cruel contienda,
Turbaron el designio,
Que el cielo te inspiró.

Tú, con un mundo andabas,
Cruzando el viejo mundo
Auxilios mendigando,
De eterna fama en pos;
Pagabas los sarcasmos
Con tu desden profundo
Y altivo confiabas,
En tu saber y en Dios.

Tu voz potente un dia,
Oyó regia matrona,
Que en la arabesca Alhambra
Clavó la santa cruz:
Y se arrancó las joyas,
De su real corona,
Para estender de Cristo,
La salvadora luz.

Una mujer tan solo,
Para perpétua gloria
De mí sensible sexo,
Te comprendió Colon,
Y con tu nombre el suyo,

Cual astros de la historia
Ilustran y engrandecen,
La Ibérica nacion.

Las alas de tu génio,
Tendiste por los mares,
Dios mismo tus bajeles
A América llevó;
Tu enérgica constancia,
Salvando los azares
Tus planes gigantescos
Altiva realizó.

Tierra! tierra! y el mundo
Al parecer soñado
Miraste convertido
En bella realidad;
Lozano, floreciente,
Por el Señor dotado
Con cuantos ricos dones,
Creara su piedad.

Un mundo que en las aguas
Espléndido descuella,
Mostrando estraños frutos
De embalsamado olor;
Virgen, brillante y puro
Como la limpia estrella,
Fragante y aromado
Como la tierra flor.

Un mundo donde impera
La cruz y su doctrina
La cruz y el indio adora,
De hinojos á su pié
Un mundo en cuyo seno,
La caridad germina,
A impulso de los rayos,
Del astro de la fé.

Y en él tu osada planta,
Dejó la huella empresa,
La cándida semilla
De sacra religion;
Y en premio de los triunfos
De tu brillante empresa
Sus hijos le apellidan,
El mundo de Colon.

BARONESA DE WILSON.

NUBES DE UN CIELO.

(BOSQUEJO DE NOVELA POR EL ÚLTIMO HARABEC.)

Doña Juanita.

DUENA de la casa á que pertenecía el establecimiento de don Manuel X... era doña Juana Garibai de Alapartida, á quien todos llamaban la señora Juanita, á pesar de sus setenta navidades. Tenia esta señora un génio de todos los demonios, encubierto con la más refinada hipocresía: desvergonzada en sus palabras y tan sin corazón que referia como gala el no haber dado jamás un solo beso á ningun hijo suyo, dos eran estos: Toribio y Feliciano, ambos distintos de carácter: Toribio, el menor, apático, cabiloso, muy beato, de mirar solapado, apenas hablaba dos palabras; llamábanlo en el colegio El Padre Prior. Feliciano, bilioso, despreocupado, de mirar altanero y farfullista, en lo único que á su hermano se parecia era en lo vanidoso: ambos creian valer mucho por la fortuna de su madre, que es la que entra, en el momento en que comenzamos esta narracion, en la tienda de don Manuel.

—Vaya, doña Juanita, por fin la volvemos á ver—dijo saludando don Manuel.

—Que quiere usted, el duelo por Petita...

—Es verdad, la hermana de usted ha sido una incomparable señora: la quiso á usted muchísimo.

—Ciertamente, porque aun despues de su muerte ha querido prolongar ese cariño, toda su fortuna se ha dejado á mis dos hijos: vea usted si la podremos olvidar; en fin, dejémos de muertos ¿hoy es el santo de Clementina? ¿Cuántos cumple ya, don Manuel?

—Nada mas que catorce—

—Oiga, no le falta mas que uno para llegar á lo mejor, Toribio—añadió—que por recelo no ha querido venir á saludarla, temeroso que no aceptára de sus manos este regalito, me ha encargado que yo lo haga por él. Es tan corto el muchacho!—añadió presentando una cajita á don Manuel—que recibió diciendo:—gracias doña Juanita; pero le pido que no se moleste con esta clase de atenciones, nosotros somos pobres y nos avergonzamos al mirar estas cosas.

—Vaya, don Manuel, usted siempre ha de ser el mismo, salude usted á doña Carmen y dele á Clementina su regalo, me voy, porque tengo que hacer, con que, será hasta luego.

—Hasta luego—contestó don Manuel—y muchas gracias, déselas de mi parte á don Toribio.

Cuando la señora hubo salido llamó don Manuel á su esposa y á Clementina: hija, mira el regalo que te ha mandado don Toribio, dijo á esta, y, destapando la cajita, sacó una manteleta de cachemira y dos docenas de pañuelos de batista, primorosamente bordados. Yo no sé, contestó, pero estos regalos no dejan de fastidiarme: nosotros somos pobres y no tenemos como recompensarlos; mas qué hacer, no se les puede rehusar. Doña Carmen fué de la misma opinion de su marido, y Clementina, de la de ambos.

Oir, callar y obedecer.

La misma noche de este día la señora, á eso de las once, llamó á su hijo Toribio: vén acá, le dijo luego que entró en su habitación, quiero hablarte de cosas serias, siéntate, Toribio. Se sentó y la señora prosiguió de este modo: ya tienes, hijo, cerca de veinticuatro años y es preciso pensar en que te establezcas; yo estoy vieja y quiero descansar, te iré dando lo que dejó tu tia, para que así trabajes; pero no quiero que vayas á malversarlo todo: es necesario que te cases.

Toribio, sea dicho entre comas, era un jóven que no decía dos palabras: siempre había vivido acostumbrado á obedecer, no con el cariño y la solicitud de un corazón sumiso; sino con la frialdad del soldado, que impacible obedece á su general.

Es necesario que te cases, continuó diciéndole su madre, y ninguna mujer nos conviene mas que la hija de don Manuel; por esto te he llamado para decirte que es preciso no seas tan seco y tan indiferente para con la Clementina; mira, hijo, si buscamos una jóven como tú, rica, ha de querer lujo, paseos, y el tiempo no está para esas cosas; mientras que la Clementina con poco ha de vivir contenta: sus padres son pobres y vivirán lo mismo, tendrás mujer

para que te sirva, la mujer es para esto, tendré yo quien me cuide, y así desde hoy, séte mas afectuoso, ella no es fea, no es tampoco de mala casta, y sobre todo, ya sabes que hace todo en su casa; yo procuraré traértela para que la veas con frecuencia, haré que tenga amistad con tus primas, y, ya lo verás, la muchacha no desmerece; si te casas con ella, cuenta conmigo; pero sino, ni creas que sea yo capaz de darte medio para que lo fuese á tragar alguna ociosa. Siguió hablando del regalo que le había hecho á nombre suyo, y concluyó diciendo: que solo esperarían que se cumpliera el luto por la tia, para verificar el matrimonio, añadiendo, como epílogo, que el hombre debía casarse con mujer servicial, que sepa cocinar, coser, lavar, en fin, que principalmente un hombre rico debía buscar siempre esposa pobre y con poca familia para evitar disgustos. Concluido el discurso Toribio, se retiró sin discutir siquiera las pretensiones de su madre.

Era este un jóven que jamás había sentido la menor simpatía por ninguna mujer, cuando niño toda su distraccion había sido jugar á las procesiones, cantar misas, etc., cuando jóven ser como un paréntesis en medio de las travesuras de sus discípulos, pasarse los días de fiesta limpiando el altar que en cierto templo tenía á su cargo doña Juana: hé aquí su vida íntegra. Figúrese pues el amor queriendo entrar á *fortiori* en una alma de esta naturaleza, y entrando en intencion, desde que la señora acababa de prescribirlo.

(Continuará.)

A L... MAL CASADA.

CONSEJOS.

El hombre olvida pero no perdona. La mujer perdona pero no olvida.

SEVERO CATALINA.

Jóven, bella y aplaudida,
Renuncias tu hogar paterno,
Y juras cariño eterno
Ante el altar, sin temor.
Al hombre que te ha elejido
Le consagras tu existencia
Gozándote en su presencia,
Porque no se llama *Amor*.

Tan solo su bien procuras
Llena de afanes prolijos,
Y por él; y por sus hijos
Descuidas, aun tu salud.
Olvidas la pompa, el lujo,
Y duplicas tu trabajo,
En cambio de un agasajo,
Que eso se llama *Virtud*.

Mas si un desengaño amargo
Viene á torturar tu pecho,
Si ha usurpado tu derecho
Su traicion y deslealtad.
Sufre en silencio, no exales
Ni la mas mínima queja,
Al tiempo el remedio deja,
Que eso es tener *Dignidad*.

Aceptar su frio alhago
Siempre amable y complaciente,
Mientras cruza por su mente
La imájen de otra mujer;

A ese corazón de piedra
Darle tu corazón de oro
Y de tu amor el tesoro,
Eso te exige el *Deber*.

Que en abandono te deje
Disipando tu fortuna
Con rivales una á una
Hasta verte en la orfandad;
Y que tú, de puerta en puerta,
Vayas el pan mendigando
Siempre tu honra custodiando,
Esa es la *Fidelidad*.

Rechazar el que te adora
Amar al que te rechaza,
Al que la vida se pasa
Mirándote con horror.
Pensar en el que te olvida,
Olvidar al que en tí piensa,
Morir con tu pena intensa,
Eso te manda el *Honor*.

Que del mundo desechado
Por pobre, enfermo ó anciano,
Venga á tenderte la mano
Para implorar tu perdón;
Que generosa lo aceptes,
Al pasado hechando un velo,
Eso te lo premia el cielo
Y se llama *Abnegación*,

Cruelles, duras, inhumanas
Son estas leyes por cierto,
Mas nuestro destino incierto
Nos suele á ellas sujetar.
No desesperes, hermosa,
Que hay un Dios omnipotente
Y el que vive santamente
Debe su premio alcanzar.

M. V. DE P.

LA CALUMNIA.

Los hombres no pueden vivir en sociedad sin observar las reglas que imponen el honor y la virtud. La felicidad de una asociación está en razon directa con la observancia de esas reglas. Sociedades en que las pasiones levantan trono y en las que el bienestar de sus individuos se compran con el crimen y la perfidia, atraviesan un camino de lágrimas y de sangre para hundirse en un abismo cuya salvacion está solo en las manos de Dios.

La disolucion de Sodoma y el fanatismo de Egipto; el orgullo de Esparta y el sibirismo de Cartago; la integridad de Atinas y la impiedad de Jerusalem; la molición de Roma y la depravacion de Paris no son sino distintas sendas que condujeron á tan grandes pueblos, hasta sepultarlos en el horrendo precipicio. Las plagas y el fuego, la esclavitud y el vasallage, el abatimiento y la miseria, la tiranía y la deshonra, esos fueron sus castigos, y aun esas naciones no están regeneradas. Roma solo pudo tronchar las cadenas de sus águilas, cuando, hundida la frente en el polvo, adoró la cruz: Roma entonces se salvó.

Tal es la historia de las sociedades que alimentan vicios, que las minan por su base.

* * *

Pero, si es verdad que la disolucion y la

intriga, el fanatismo, la corrupcion y la molice han podido borrar del globo naciones enteras, tambien lo es, que nunca tales vicios marchan solos; unos á otros se acompañan y arrastran siempre un séquito de males, entre los cuales muchas veces, ocultando su deformidad, está la causa de todos.

Y al espresarme así, me refiero á esa hija maldita del infierno, á esa cómplice hipócrita de todos los vicios y de todos los crímenes: *la calumnia*.

¡La calumnia! ¿Quién no ha sufrido, mas de una vez, la ruindad de sus tiros, la insolencia de sus miserias y la amargura de sus hieles? ¿Quién, al ver ajado su honor, no ha sentido para con ella la rabia del despecho primero y un merecido desprecio despues?

¡La calumnia! Vicio de moda que tiene asiento donde quiera que haya una reputacion que manchar y una felicidad que nublar!...

La calumnia no tiene ni profesion, ni palabras, ni trajes propios, cambia de ellos á cada instante, según las circunstancias. En el gabinete de los magistrados, en el foro, en las plazas y tribunales, á la cabecera del enfermo, en el seno de la amistad, en el hogar, en el mismo templo... ¡la calumnia tiene entrada á todas partes! Para ello, sabe finjir con inspiracion satánica consejos y esperiencia, delicadeza y honor, virtud y caridad. Y para tener un lugar en los salones, tambien viste de gala: ya con toda la dignidad de señora, arrastran seda y terciopelo, ostenta joyas y se atreve hasta ceñir diadema; ya envuelta en vaporosos tules, respirando perfumes y ambrosía, entretejidos los cabellos con rosas y azucenas, abrigando en su pecho un ramo de violetas, con el candor y la sonrisa de una virgen, se finje cariñosa amante. La calumnia, en fin, tiene todos los sexos, condiciones y edades.

Muchas veces, dentro de mi mismo, he deseado buscar una esplicacion al desarrollo, al descaro y á la universalidad de éste vicio infame.

¿No es acaso el honor lo que mas aprecia el hombre? ¿no soporta con gusto privaciones y sacrificios indecibles por conservarlo sin tacha? ¿Quién es aquel que, al hablar de su honor, no levanta orgulloso la cabeza, como desafiando al que intentara empañarlo? ¿Por qué, entonces, la calumnia que mas que todo se ceba en la reputacion y la fama, usando armas tan indignas como la intriga y la mentira, ocupa un lugar tan preferente en el corazon y en los labios de hombres cuya reputacion y fama, clasifican ellos mismo de inmaculada?

De veras, que al hacerme esta reflexion y al notar esta inconsecuencia, no ha podido ménos de estrañarme como la calumnia ha ganado tanto terreno: que ya para vivir se necesita ser desconfiado.

Pero la esplicacion me la han dado las siguientes palabras de Monsieur Reybaud: «En nuestros dias la honorabilidad de los hombres, no está reñida con el interés personal, aunque de por medio esté la honorabilidad del mundo entero; mientras mas nominal es el honor, mas gala se hace de él.» Y á fé mia, que el sábio escritor francés tiene razon. Comprendido bien ahora el bajo oríjen del notable desarrollo del vicio de la calumnia.

El interés mezquino y la calumnia siempre marchan juntos: la adulacion y la envidia son sus mejores consejos.

Ya, hoy dia, á impulso de bajas pasiones, mas aún, muchas veces sin motivo alguno, por costumbre solamente, cualquier hombre se cree con derecho para manchar un nombre conquistado con trabajos y sudores, para robar una reputacion cuyas funestas consecuencias nada le importan. Parece que el calumniador, cual se ceba el ligre en la sangre de su víctima, así se goza en el dolor y la desgracia de aquellos cuyo mas rico patrimonio ha arrebatado.

¡Ah! si quisiéramos recopilar las amarguras y sufrimientos que cuesta al mundo el vicio maldito de que hablamos! Cuántas madres felices en un tiempo, lloran hoy bajo un pajizo techo, en el silencio de los campos, sobre la frente de sus hijos que piden pan y ese pan se los arrebató la calumnia! ¡Cuán los tormentos ocultos bajo el oropel de la fortuna! ¡cuántas coronas de azahares marchitas en el dia de la boda! cuánta felicidad tronchada y cuántos crímenes enjendrados! ¡cuántos comerán hoy, lejos de su hogar, el amargo pan del destierro! ¡cuántos arrastrarán en este instante las cadenas ominosas del cautiverio! y ¡cuántos inocentes Dios mio! habrán sentido sobre su cuello el filo de la cuchilla manejada por la calumnia!

Si pudiéramos reunir las lágrimas y sangre que desde el principio del mundo ha hecho derramar la calumnia, formariamos un mar capaz de ahogar la felicidad de los mismos calumniadores.

El pudoroso José en la cárcel de Faraon; la casta Susana en presencia de los jueces; la salvadora de la Francia, Juana de Arco, en la hoguera; y el Santo de los Santos Jesus de Nazareth, clavado en una cruz, sobre las rocas del Calvario, víctimas han sido de las mas negras calumnias.

Niño aun el hombre, en esa edad feliz que no se repite en la vida; en medio de los goces del colegio, resguardado el honor por la inocencia y ya tal vez sentia los primeros tiros de la calumnia, traducidos por un purísimo llanto. Así empezaba á pagar tributo al vicio cruel que mas tarde habria de hacerle beber con tanto rigor su cáliz.

En las horas de placer y de contento, él emponzoña la dicha, en el cumplimiento del deber intenta cortar el camino en el santuario de la amistad quiere prender el fuego de la intriga y en medio del sufrimiento procura amargar el dolor.

Por eso, al encabezar estas líneas tendia mi vista un poco mas allá; la calumnia, como todos los vicios, puede hacer la desgracia de una sociedad por que á ellas están vinculados el bienestar de la familia y los intereses de los asociados. La calumnia, como madre de muchos crímenes, puede enjendrar en el seno de una nacion elementos que, corriendo el tiempo, pueden ser fatales.

¡Triste realidad, Dios quiera no se realice en nuestra patria!

Con todo, en nuestra sociedad la calumnia existe y desgraciadamente se juega con el honor como se juega con un papel. Por decir un chiste, por conquistar un aplauso,

por arrancar una sonrisa se difama y se calumnia. A propósito, recuerdo, en este instante una bella comparacion que hace Perez Escrich en «El cura de aldea»: La calumnia es semejante á un jarro de agua arrojado sobre el suelo, que es imposible recojerlo.

La calumnia, busca siempre sus víctimas en la honradez y en la virtud. Hermana de la envidia, no puede soportar que la honorabilidad de un individuo se gane el aprecio de los hombres; por eso es que cambia toda verdad en mentira, toda noble accion en bajeza, y en crimen todo sacrificio. «A quien no se puede censurar se le calumnia» ha dicho el marqués de Marica. Consoladoras palabras que jamas debe olvidar el calumniado.

Para vencer la calumnia, es necesario que nuestra conducta se coloque á tanta altura que podamos despreciar sus tiros miserables, y si algun dia, ella nos hace desgraciados, no nos falte el valor para perdonar porque es tan dulce el perdon; y aguardemos tranquilos el dia de la victoria, porque sepa el calumniador que su crimen no queda sin castigo: los hombres saben á veces hacer justicia; la sociedad tendrá entonces marcas de fuego para sellar su ignominia y Dios se reserva para si la eternidad.

RAMON ÁNJEL JARA.

CAUSA CELEBRE.

I.

Hay hechos de cuyo conocimiento no puede ser privado al público sin mengua del interés que siente la humanidad por todo lo que lleva en sí el sello de la originalidad, y del provecho que puede reportarse, al ménos por todos los que desean estudiar las armonías de la vida social.

No importa que esos hechos hayan tenido lugar en épocas lejanas, porque no habiendo nada nuevo en el mundo, y siendo los hombres los actores que no cambian con el trascurso de los siglos, lo que sucedió en la época de Luis XIV, que es á la que vamos á referirnos, puede acontecer en cualquiera otra, y sino acontece, léjos de inferirse daño alguno á la filosofía de la historia, verase siempre que la de la humanidad obra sus efectos viendo un hecho de tan notable significacion.

El de que vamos á ocuparnos es uno de los muy raros que entran en la denominacion de *causas célebres*, é indudablemente nadie puede negarle ese carácter despues que sea conocido.

M. de la Faille, consejero del Parlamento de Tolosa, en tiempo de Luis XIV, tenia una hija llamada Clemencia, ó por otro nombre característico, *la hermosa señorita de la Faille*, al mismo tiempo que madama Garan viuda de un Teniente general de los ejércitos del rey, un hijo llamado Jorge de Garan, capitán del regimiento de la Fère, el cual se apasionó de la señorita de la Faille, y le propuso á su padre matrimonio. M. de la Faille convino, y se señaló el dia en que debía celebrarse el enlace. Pero casualmente recibió el capitán orden de incorporarse y salir en el término de 24 horas, con su regimiento para la India. Para lograr su matrimonio no le quedaba otro recurso sinó

pedir su licencia absoluta; pero, como esto se creyó indecoroso, convinieron con M. de la Faille en retardar el matrimonio por dos años, que era el tiempo que el regimiento debía permanecer en la India.

Poco despues de la partida de Garan se supo en Paris que su regimiento había sido destruido completamente, y que él había muerto á consecuencia de heridas recibidas y de sus extraordinarios sufrimientos, pasando de calabozo en calabozo. La misma madre había cargado luto, y como no quedaba duda del fallecimiento, M. Boissieux, Presidente del Tribunal mayor de cuentas, viudo, solicitó la mano de Clemencia, y hacía seis años que estaba casado cuando el capitán de Garan regresó á Paris, á la casa de su madre, y al pasar por la iglesia de San German de los Prados, vió los preparativos de un entierro.

Madama Garan había preparado un gran convite de amigos para recibir á su hijo, y aunque élla y todos manifestaban un gran regocijo al tenerle en su seno, él permanecía triste y pensativo sin responder á ninguna de las muchas manifestaciones de júbilo. Deseoso el capitán de Garan de disculparse, dijo que se había hecho un poco supersticioso y estaba preocupado con los preparativos de ese entierro, y entonces uno de los convidados dijo: que debía ser el de la hermosa madama de Boissieux, que había muerto casi de repente.

—¡Cómo! dijo de Garan: Tan hermosa era que merecía ese título?

—Sí, dijo otro, la hermosa Presidenta la llamaban en Paris, como la llamaban en Tolosa la hermosa señorita de la Faille.

—Cielos! exclamó Jorge, á punto de fallecer—Ha muerto?... Madama de Boissieux!—Clemencia!—no, no puede ser.

Inútil sería, le dijo la madre, prolongar por mas tiempo tus esperanzas. Sí, Jorge, la Presidenta de Boissieux, era la señorita de la Faille, que se casó porque la fama de tu muerte llegó al extremo de vestir yo misma luto.

Es fácil formarse idea de la transformación del convite. En una escena de verdadera tristeza.

Despedidos los convidados, el capitán de Garan, sin decir una sola palabra á su madre, se ciñó la espada, púsose en los bolsillos sus pistolas y muchas monedas de oro; y, envuelto en su capa, salió en dirección al cementerio de dicha iglesia burlando la vigilancia de los criados.

Llamó á la puerta de una choza donde vivía el sepulturero y le dijo. «Eres pobre, miserable, y puedo enriquecerte. ¿Aceptas?»

Despues de varias contestaciones, y de dudas propuestas por el sepulturero, á las cuales el capitán de Garan iba agregando puñados de oro, convino aquel en desenterrar el ataúd, y pronto rodó sobre la yerba, rota que fué la caja, el cuerpo de Madama de Boissieux, envuelto en una mortaja blanca: visto lo cual, Jorge se arrodilló quedando sumergido en una profunda meditacion.

Entonces el sepulturero pensó que tenía que hacer algo mas, y entreabriendo la mortaja puso á la vista de Garan el rostro de Madama de Boissieux. El amante lanzó un grito al reconocerla, y viendo que la palidez de la muerte aun no estaba colocada en el bellissimo semblante de su querida, sino que, siempre hermosa, parecía apenas sumergi-

da en un sueño apasible, la estrechó en sus brazos, la puso sobre sus rodillas, le habló de su amor recordándole aquellos dias pasados... y de repente lanzó un grito acompañado de una carcajada convulsiva.

El sepulturero que se había retirado y estaba como adormecido junto á un árbol, corrió al lugar de la escena, y vió á Jorge huyendo con el cadáver en sus brazos.

II.

El Presidente Boissieux, triste é inconsolable, iba anualmente vestido de riguroso luto al cementerio, y se arrodillaba sobre la losa que cubria los restos de su esposa, cuando el 14 de Octubre de 1716, cinco años despues de esa muerte, fué distraída su atención por el crujido de unas ropas de seda, sobre el verde de la yerba, mezclado del sonido de pisadas rápidas. Levantó la cabeza, y vió á su mujer, á Clemencia, y alzando la voz tendió sus brazos á la misteriosa aparición—¡Clemencia! eres tú?—La desconocida, empero, dando un grito echó á correr, y entrando en un coche de cuatro caballos desapareció á la vista de M. Boissieux.

Este, dominado por la mas grande desesperacion, se propuso hacer todas las investigaciones del caso, hasta poner en evidencia la verdad, siendo uno de sus primeros pasos ir á ver al Conde de Argenson, Superintendente de policia, para darle noticia de todas sus sospechas, y logró que este diese permiso para proceder al dia siguiente á abrir y visitar la sepultura, sin perjuicio de dictar todas las providencias conducentes al descubrimiento del hecho. En efecto, el mismo intendente, asistido de dos consejeros de Chatelet, un comisario y dos cirujanos, asociados de M. de Boissieux, fueron al cementerio, y encontraron la caja rota y vacía.

Entonces M. de Boissieux, informó al Superintendente de las relaciones que habían mediado entre la familia de M. de Garan y la de la señorita de la Faille, y hechas todas las diligencias preliminares, estableció, demanda contra Garan, acusándole de raptó y pidiendo que se declarase nulo su matrimonio con la señorita de la Faille.

De las pesquisas resultó que algunos postillones habían llevado cinco años hacia, de Paris á Brest, al capitán Garan, acompañado de una mujer enferma, y que se habían embarcado en la *Hermosa Margarita*.

Llegado el dia en que debía verse la causa, el Parlamento fué inundado de curiosos, no tanto por la importancia de los personajes, que no podía llamar mas la atención, cuanto por la fama de superior elocuencia de los abogados que la patrocinaban de una y otra parte. El mismo M. de la Faille, que se había retirado á Tolosa en pos de algun consuelo al profundo dolor del fallecimiento de su hija, al tener noticia del extraño pleito, regresó á Paris, y cuando vió á Madama de Garan prorrumpió en llanto, llamándola su hija; y al querer estrecharla en sus brazos, ella, indiferente, declaró que se admiraba de verse siendo el objeto de tan cruel y tenaz ilusion, asegurando que no conocía á ese sujeto.

M. de Moizas, aprovechándose de esta peripecia y de los documentos que exhibió para probar que la esposa del coronel de Garan había nacido en Pondichery, de padres franceses, el señor de Merval y la señorita Fichet, se había casado tres años an-

tes en la capilla del palacio del gobernador, siendo testigos otros franceses, de que su fé de bautismo estaba en regla, y que su casamiento llevaba todos los requisitos legales, despues de una larga y bien nutrida peroracion, dedujo que nada autorizaba á creer que un hombre de honor, un buen militar, mintiese á la justicia, ni que tampoco una señora jóven y virtuosa sostuviese con impavidez una impostura complicada.

El discurso produjo un tan enérgico efecto, que en vano M. de Boissieux, y su abogado invocaron recuerdos puntuales, hechos no dudosos y coincidencias sorprendentes.

Iba, pues, á votarse la causa bajo de esas impresiones, y mientras el fiscal leía su dictámen, el Presidente Boissieux, previendo el desenlace salió de la sala, y volvió llevando de la mano una niña de seis años, su hija Clemencia, única de su matrimonio con la señorita de la Faille. Acabada la lectura del dictámen, y estando Madama de Garan con la cabeza dolorosamente apoyada en la mano derecha, la niñita, tomándole una mano y empinándose para presentarle su lindo rostro—Mamá, «le dijo—¿quieres darme un beso?»

Vuelta sobre sí Madama de Garan y radiante de alegría, se levantó, y tomando en sus brazos á la niñita, y cubriéndola de besos y de lágrimas, exclamó con delirio.— «¡Clemencia! ¡hija mia!»

Semejante á la iluminacion del rayo que cubre de luz la mas profunda oscuridad, cambió de aspecto la escena, é inútilmente M. de Moizas gastó todos los tesoros de su elocuencia forense, porque, viniendo por tierra cuanto se había hecho valer en contra de los derechos del Presidente Boissieux, con una prueba tan elocuente de la naturaleza, se declaró nulo el matrimonio de M. de Garan en Pondichery, y que la señorita de la Faille debía volver al domicilio de su legítimo esposo. Al dia siguiente esta solicitó del rey que se le permitiese retirarse á un convento, y habiendoselo negado, dispuso S. M. que las á 24 horas se reincorporase en la familia del Presidente Boissieux.

A las seis de la tarde del dia siguiente, encontrándose este en su salon rodeado de sus parientes y amigos, se abrió de par en par la puerta, y un la-cayo anunció la presencia de la Presidenta, la cual entró sola, pálida como la muerte, vestida de blanco y con riqueza. Salióle al encuentro el magistrado, pero ella, deteniéndolo con la mano: «Señor Presidente» le dijo con voz triste y resignada—«os traigo lo que habeis perdido»; y cayó muerta á sus piés.

En esa misma noche, y casi en el mismo instante, el coronel de Garan exhalaba el último suspiro en los brazos de su madre, habiéndose envenenado con su idolatrada esposa.

De este hecho resulta que hay amores verdaderos que contrastan con el brillo y energía del diamante los falsos oropeles de muchas inclinaciones fingidas, y que si es verdad que estas falsedades desdoran nuestra especie, realidades como esta la ensalzan y la deifican.

Por lo que hace á nosotros que desentramos del olvido un hecho de esta naturaleza, creemos que hacemos un tributo digno de la mayor estimacion, en favor de los amantes de lo bello en literatura, y de lo que es sublime en la escala de la moral.

UNA HOJA DE LAUREL.

DOMINADOS aún por el entusiasmo que nos produjera la representación teatral de anoche—*A la Luna de Paita*—composición de nuestro estimable amigo el señor don Pedro Antonio Varela; plácenos evaiar á este nuestras mas cordiales felicitaciones, agregando á la vez una hoja, aunque pequeña y sin brillo, á la fresca corona de laurel que un público ilustrado acaba de colocar en su inspirada frente.

Pocas veces nuestros oídos habían sido impresionados con aplausos tan prolongados y tan merecidos como los que resonaron anoche en los ámbitos del Principal.

Presindiendo de la buena ejecución de los actores, en quienes reconocemos con justicia una abundante, natural y salerosa chispa; diremos que en la obra de Varela campean, á la par que una acertada combinación de plan, y un chiste poco común, la sátira fina, punzante y divertida, la caballerosidad mas noble y ejemplar, y la moral mas pura,—todo lo cual arrastra en pos de sí una enseñanza fecundísima.

Sí; *la Luna* de Varela lucirá siempre, en el cielo de la literatura y del buen gusto, como el radiante poético astro de la noche luce magestuoso en el éter inmenso de los Cielos.

Sí; *Terencio el Chico* posee un estro, pero un estro muy valiente.

Así debe brotar la tinta de los puntos de la pluma.

Así es como se escribe.

La musica es sublime, no deje nada que desear, felicitamos también al señor Rebagliati.

Lima, Octubre 1º. de 1875.

LOS CAPRICHOS.

LA humanidad es un capricho continuado. Ved, si no:

Una mujer bonita enamorada de un hombre feo.

Este es un capricho singular.

O un buen mozo enamorado de una mujer fiera.

Que es otro capricho bastante común por cierto.

Desde que por un capricho (asaz trascendental) perdió Eva los goces del Paraíso, la humanidad sigue pegándose de coscorrones, por capricho.

De un capricho suele nacer el amor.

Capricho espiritual.

Del amor nace el deseo.

Capricho materialista.

Por capricho solemos echar sobre nuestros frágiles hombros la pesada cruz del matrimonio.

Capricho de consecuencias.

Por capricho ejecutamos, si no todos, la mayor parte de los actos de nuestra vida.

Y si acertamos en nuestras empresas ó nos equivocamos en nuestros cálculos, lo favorable ó lo adverso es notoriamente un capricho de la suerte.

La suerte es una lotería á la cual ponemos todos. Los números premiados son tan pocos!

Y es indispensable que así suceda.

Lo contrario sería inverosímil.

Y la inverosimilitud es una moneda que no tiene circulación en el mercado positivista.

Los caprichos son tan variados como las especies en la historia natural.

Todavía no ha nacido un Buffon, Blanchard, ni siquiera un naturalista cualquiera, que clasifique los géneros del reino del capricho.

El capricho, sin embargo, es uno en su esencia misma, pero se multiplica hasta el infinito en sus manifestaciones y en sus consecuencias.

Una mujer caprichosa es un tesoro que nunca está mejor guardado que cuando se halla bajo la tierra.

Un hombre caprichoso es una máquina fotográfica, la cual no produce más que *negativos*.

Las mujeres y los hombres de capricho, son cuerpos opacos que reciben luz de la descomposición de los rayos luminosos.

Toman la forma que les da el capricho.

Se visten con los colores del prisma, brillan, reflejan y se desvanecen.

Un capricho de Rafael (la Fornarina) produjo el poético rostro de sus celebradas vírgenes.

Los caprichos de Goya son los caprichos del arte.

A un capricho de Felipe II le dió forma Herrera, y el Escorial fué.

De un capricho de Alhambra brotó la Alhambra.

La moda, reina del mundo, ¿qué otra cosa es que el capricho sintético de las damas desocupadas?

¿Y cuántas veces un capricho ha sido causa de la ruina de un pueblo, y de la pérdida de una nacionalidad!

¿No fué un capricho de don Rodrigo, al decir de los historiadores árabes, causa de la destrucción del reino godo?

Cleopatra, ¿no fué el capricho tanjible y la tea de la discordia que incendió el corazón del pueblo rey?

¿Un capricho del senado no puso en manos de Bruto el puñal que hirió á César?

El capricho de Calígula no hizo de un animal un príncipe?

¿Neron no satisfizo un capricho al incendiar á Roma, para reconstruirla otra vez á su antojo?

Y sin que tengamos que recurrir á la historia, ese inmenso arsenal que surte de armas para combatir el error, ¿no vemos uno y otro día millares de desventurados que arrastran su miserable existencia para purgar un capricho?

Un capricho, además, suele darnos á conocer la observación de inteligencia, la propensión natural y á veces hasta el grado de cultura y educación del individuo.

Un capricho suele ser un hombre, si le consideramos moralmente.

Un capricho hizo á Colón inmortal, y de Hernán Cortés un héroe.

Si se pudiera analizar una á una todas las acciones del hombre, desde las que no traspasan el círculo estrecho de una familia, hasta las que deciden del porvenir de un pueblo, acaso se encontraría en ellas desarrollado el jermen de un capricho.

Los caprichos de los grandes hombres son indudablemente los que producen resultados de mas consideración.

Abrid el libro de la historia. En él hallareis la prueba de este aserto.

Podríamos presentar más de un ejemplo.

Podríamos citar mas de un caso.

Podríamos sacar mas de una consecuencia de caprichos, cuyas trascendencias aun tocamos.

Pero no es nuestra intención recordar ahora sucesos que merecen el más completo olvido.

Ni es este el lugar llamado á arrancar á los hechos la corteza con que los ha envuelto el aluvion del tiempo.

Dejemos reposar lo que reposa y no tengamos también el capricho de hacer la anatomía de cuerpos que están en estado de putrefacción.

Que al fin y al cabo todos tenemos caprichos y esclavos somos de ellos.

Yo tengo el capricho de no mirar mas que la superficie de las cosas: el fondo de ellas suele ser tan borrascoso y desapacible!

Ahora mismo me ha dado un capricho.

Concluir este artículo... y lo concluyo. ¡Vaya un capricho!

X.

MOSAICO

El domingo pasado fué la feria,
Y prodigalidad hubo, y miseria.

Los miserables mucho curiosearon,
Pero los jenerosos se portaron.

Todo títere se iba satisfecho,
Luciendo una medalla sobre el pecho.

De hermosas cada puesto era un jardín,
Cuyas flores llevaban solo un fin:

Tener para la iglesia buen despacho,
Logrando un comprador, franco y ricacho.

Cada rostro un anzuelo fué ese día,
Donde ensartaban peces á porfia.

Pero dejando á un lado la bufonada, y aunque ya todos los periódicos han hablado de este asunto hasta cansarse, yo diré, á mi vez, una cosa en la cual nadie se ha fijado.

¿No es verdad que cada una de aquellas mesas (con excepción de pocas) simbolizaba algo? y que habian artículos en algunas, muy análogos á los caracteres, circunstancias, ó propensiones de quienes los espendian. Por ejemplo guantes, símbolo de la elegancia ¿quién no habria adivinado la señora que debía venderlos?

Útiles de escritorio, artículo exclusivamente destinado al que sabe pensar, al que puede escribir, inútil á la jente vulgar. ¿No era mas adecuado para la digna señora que desempeñaba el cargo de vendedora?

(Y no me refiero al puesto que ocupa, si no á sus cualidades. Pues como he dicho en otras ocasiones, jamás he tomado el *incensario*, porque el que juega con fuego se quemará.)

De la misma manera sucedía con otras que no recuerdo, y que sería materia larga de comentar.

Pero lo cierto es que allí, unas demostraban la gracia para atraer á las personas, otras la costumbre de complacer á sus amistades, y la necesidad de combatir el fastidio,

y el deseo de distraer á la niñez. Por último, las flores manifestaban las bellezas de la naturaleza, y las medallas perpetuaban el recuerdo de tan hermoso día.

Tenemos noticia de que en el puesto de *lunch*, que corria á cargo de la amable señora O. de Revoredo, la colecta pasó de ochocientos soles y, que uno de los consumidores pagó su consumo con un vale por cien quintales de cal. Otro caballero pagó á la misma señora cien soles por un vaso de cerveza.

Un lapicero fué comprado en quinientos soles y medallita hubo que se pagó en seis águilas de oro. Una caja de plumas de acero se devolvió llena de libras esterlinas, y por un par de guantes se dieron doscientos soles.

Por estos lijeros datos puede calcularse hasta donde rayó la generosidad de los concurrentes.

La función no ha dejado que desear, y quedarán por mucho tiempo grabados en la memoria de los jóvenes de ambos sexos, episodios llenos de ilusion y de encanto para ellos. Falta todavía completar esta fiesta, con la función teatral ofrecida por el señor Castro Osete (empresario,) quien se ha portado con el rumbo que en estas ocasiones acostumbra.

Y con permiso de mis lectoras, improviso la siguiente quintilla:

¡Mucho han hecho las bellas por vender
Muchas cosas los hombres han comprado,
Los fondos para el templo se han logrado...
Fáltanos ya por hoy, solo saber
Si está Dios complacido, ó enojado!

* * *

Se dice que ahora muchos años, no recuerdo en qué país, hallábase de visita en casa de una señora de extraordinaria belleza, un crecido número de personas entre ellas un inglés sumamente rico. Este habia dicho que daría la cantidad que le pidieran si le fuera permitido dar un beso á tan hermosa señora.

Ella hubo de escucharlo y exclamó con viveza y sin manifestar alteracion ni disgusto.

—¿Y cuánto pagarías, caballero, por satisfacer ese atrevido antojo?

El hombre sumamente acertado contestó:

—La cantidad de libras que vos me señaleis;

—Pues que sean mil, añadió ella presentando al inglés una de sus sonrosadas mejillas donde, mas muerto que vivo, aplicó sus labios, contando inmediatamente la cantidad pactada.

La señora no tocó el dinero, y mandó en el instante que se socorrieran con él, á todos los pobres que se encontraban en aquel lugar.

¡Cuánto Dios se lo pague recibió!
Y qué fama adquirió en esa ciudad,
¡Pero ay! que su pudor sacrificó
Por tal de ejercitar la caridad.

* * *

Contábame un coronel, que en su batallón habia un soldado, que sacudia con frecuencia las tela-arañas á su rabona, pero inmediatamente y como arrepentido de su mala accion, trataba de halagarla por medio de un regalito, ya fuese una mantilla, ó unos aretes ó cualquiera de las toscas galas con que estas infelices se atavian.

Habia pasado algun tiempo sin que esto sucediera, y viéndola el soldado, triste y llorosa le preguntó:

—¿Qué tienes María?

—¡Ay! *Jolianceto*, tu mucho tiempo no me porrias.

El indio que ya era sarjento primero, y con tal motivo se habia vuelto letrado, le contestó con aire de importancia, y dándose tono de caballero.

—Yo no volveré á cometer semejante bajeza. El capitán me llamó cobarde la última vez que te levanté la mano, y no sufriré mas reconvenciones de esa especie. ¿Me has entendido? no vuelvo á pegarte mas!

La rabona se puso á llorar. El sarjento llamó á otros individuos para que presenciaran esta anomalia.

—¿María, te gusta que te maltraten? le preguntó un oficial, ¿extrañas los golpes?

—¿Qué cointa tienes tú? ¿vas comprarme acaso otro *faldellin*? *Jolian pigandu*, *Jolian comprandu*: *agora manan cancho*.

* * *

Una literata de nuestros días ha tenido la bella idea de escribir una obra, en donde hace palpables los inconvenientes del lujo, y los males que este acarrea. Por esta importante publicacion, ha obtenido de Su Santidad, una carta lo mas satisfactoria, para ella, interesante para el público, á pesar de ser escrita, con la mayor sencillez en el lenguaje.

Ojala que la obra y la carta logren su objeto, y que combatan y destruyan esa serpiente que engaña, y seduce á todas las hijas de Eva, (salvo algunas excepciones) pero lo creo tan difícil

Que siempre se quedarán,
Las cosas conforme están.

Para desterrar el lujo era necesario primero empezar porque las criaturas amaran y respetaran á los pobres, y no pegaran el corazón á los *trapos* ni á las *sarandajas* que desde sus primeros pasos se les meten por los ojos. Era necesario que cada individuo tuviera suficiente talento para apreciar el mérito personal, sin fijarse en esterioridades. Por último era necesario cortar las cabezas que se llevan por adorno, y cambiarlas por otras nuevas; como esto no es posible, el mundo seguirá su sistema de adulacion.

Asi pues la cuestion es perdida.

Y si no, examine su conciencia cada uno de mis lectores, y diga la diferencia que encuentra entre sus amigos, segun las condiciones en que se halle, ó en que lo crean.

Se presenta mal puesto por cualquiera circunstancia, y ese día como si estuviera en otro país, no hay uno que quiera conocerlo, ni menos saludarlo, en una palabra, le tienen miedo, asco, repugnancia, aunque sea incapaz de molestar á nadie.

Se presenta elegante y con la señora del brazo, aunque los terciopelos, gorra, alhajas y demas cosas que lleva puestas, sean otras tantas cuentas pendientes que tiene con los comerciantes. Ese día no puede caminar tranquilo, cuántos saludos! cuánta cortesía! cuántas palabras estudiadas ¡en fin aquello es un *biverón* con salsa de tomates!

La carta de su Santidad contra el lujo de las mujeres, la hallarán nuestras lectoras en otra seccion de la «Alborada.»

* * *

Dizque festejaba un quidan
En el fondo de su casa,
El cumple-años de su suegra
Cantando en una guitarra,
En el tema de la *conga*
Cierta estrofa acomodada,
Que en celebridad de Prado
El sujeto improvisaba.
Cuando vienen como fieras
Los *Monteristas*, y cargan
A garrotazos con él
Y con toda la comparsa,
Quedando allí en relacion
Cabezas, ojos, y plata.
¡Pues digo! temprano empiezan.....
Qué Octubre el que nos aguarda!

Pero tambien eso de cantar la *conga* tiene mucho que entender y tres pares de fusas y semifusas.

¡Que venga la *conga*,
Y que nos componga!

¡Agarre usted ese trompo en la uña! es lo mismo que decir, que no hay remedio para nuestro mal.

* * *

Con un éxito brillante se representó el Jueves la linda zarzuela, «A la luna de Paita», escrita por el intelijente joven Varela, (el Chico Terencio) que con tanta rapidez adelanta en su carrera literaria. Lo felicitamos.

* * *

La semana presente, (salvo las agradables impresiones de la feria) solo nos ofrece acontecimientos tristes. La noticia del naufragio donde han perecido tantos individuos, no puede menos que afectar.

La muerte del señor Tirado, Director de Rentas, y la del señor canónigo Garay, han sido sentidas por el crecido número de amigos con que contaban.

El terremoto de Moquegua, y por último la aparicion de la viruela en Lima, tienen los animos medio abatidos.

Quiera el cielo que esta epidemia no tome proporciones como ha sucedido en otras épocas.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

CHARADA.

Prima y segunda amueblada
Tengo en mi cuarta y primera;
Y ante cuarta la tercera
Digo á muger malograda.
Con flauta que esté afinada,
Presto mi segunda diera;
Si á ella mi cuarta se uniera
Sería goma deseada,
Si á mi tercera agregada
La primera se pusiera,
Calificase una fiera,
Que esté bien domesticada.
Mi total está situada
En España; y si pudiera,
A visitarla me fuera,
Porque es mi ilusion dorada.

JOSÉ BRONDI.

IMPRESA DE «LA ALBORADA»

POR APOLINARIO VELAOCHAGA,
Calle de Belen, núm. 391, bajos.